



Star Wars Old Republic

Paladin

Ignacio del Horno

Dos niños pequeños cayeron del cielo y fueron recogidos y criados por los monjes de Utapau. Siguiendo sus costumbres, al alcanzar la mayoría de edad, deben partir para iniciar una peregrinación. Es el turno de Llya, la más joven. En su caminar descubrirá su fascinante origen y a utilizar los caminos de la Fuerza.





Caballeros de la Antigua República

Paladín

Ignacio del Horno

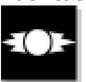


LEYENDAS

Esta historia encajaría en la continuidad de Leyendas.

Autor: Caballeros de la Antigua República

Publicación del original: 2012

 3957-3956 años antes de la batalla de Yavin



Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

05.02.18

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de recopilación, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Los Sith son de nuevo un poder en la Galaxia.
Muchos mundos permanecen al margen de la guerra entre una República a la que no pertenecen y un Imperio que no les ofrece nada.
En el lejano planeta Utapau, una joven atribulada está a punto de iniciar su «gran viaje».
Las fronteras son difusas… y no solo entre las naciones.

Monasterio Callerpau

Uks'ullya caminó respetuosamente hasta el centro de la basilíca subterránea. La cúpula de huesos daba al aire libre, si es que dar a un agujero vertical enorme de 100 metros de profundidad conectado a la superficie puede considerarse como tal. Está cámara, en un origen una sima ciega donde se concentraba el agua, acabó conectando con otros pozos más profundos, por lo que en la actualidad, salvo en las escasas lluvias, permanecía seco.

Llya, como se la conocía en ambientes menos solemnes, lucía una simple túnica negra sin más adornos que una corona de huesos de reptil entrelazada con flores de cactus sobre su cabeza. Los Call eran los guardianes de los conocimientos peligrosos del pasado y del exterior del sistema en que moraban. Eran los únicos seres del planeta que recordaban como se manejaban las armas, qué significaba una guerra y que velaban por las posibles amenazas externas.

Según la tradición, todos los niños Pauanos pasaban una temporada al llegar a cierta edad, en compañía de los monjes. Sólo los más serenos eran escogidos para ser depositarios de la tradición. Los votos no ligaban a nada más que a defender la vida del sistema y su sociedad establecida. Se daba el caso incluso de miembros de la orden que ni siquiera residían en el monasterio. Los Call eran profundamente respetados tanto por Pauanos como por los Utai, también llamados «Los Breves».

El hecho de que Llya fuese humana no dejaba de ser muy inusual… aunque ya existiera un precedente: su hermano Uks'Ellork. Le hubiera gustado que estuviera entre los que cantaban su gran día.

Empezando por el Sumo Portador, los Call fueron pasando ante ella cantando pasajes de su vida. Su historia desde luego no era nada común, sin duda esa era la razón para un trato tan especial.

El cielo tiñó de rojo nuestros lagos y galerías el día que caísteis del cielo.

La tierra tembló y entre una masa de metal retorcido incandescente surgió un niño humano con otra de sus crías en brazos. […]

Crecieron entre los Call por ser especiales.

Nadie en Utapau podía mover objetos sin tocarlos o hacer hablar a las piedras.

Los Uks'neniare respetaron y fueron respetados. […]

Uks'Ellork inició su gran viaje cuando Teniane aún no cubría Ladion.

Uks'Ullya lo inicia hoy, cuando Irika permanece entre Suria y Naroa.
No esteis tristes pues volverá con más conocimientos y sabiduría para proteger Utapau.
Así se hizo desde antiguo, así lo hacemos hoy.

El «Guardián de la Destrucción» se acercó cubriéndola con la capa ceremonial de viaje.

Su rostro rasgado, propio de su especie, no se inmutó salvo para mostrar los incisivos superiores, muestra de sumo respeto y cortesía entre su pueblo. La joven levantó el labio superior para corresponder el honor. Tras una reverencia mútua se le hizo entrega del báculo ritual de la orden, la primera arma confiada al nuevo miembro. En realidad, un mero símbolo pues no dejaba de ser una barra tallada en un fémur de Varactyl.

Ve en paz Uks'Ullya Callerutapauka.

—

Utapau estaba relativamente aislado pero no estaba prohibido el tráfico de viajeros. Si bien no se concedían practicamente visados de residencia, era parada ocasional de aprovisionamiento de las rutas que se dirgían a los mundos exteriores o más allá.

La orden había pagado su pasaje en un carguero de metal Cynegariano con rumbo a Alderaan. Podía considerarse afortunada de tener un camarote para ella sola, por pequeño que fuese, pero eso no era consuelo. Tan pronto como cerró la puerta se echó a llorar. ¿Cómo podía haberla abandonado su hermano en su día más importante? Ella asistió al suyo y le prometió volver para estar presente en el suyo.

El futuro se le presentaba incierto, sóla y sin más pertenencias que una túnica, una capa y un bastón.

—

Había oscurecido en Anchorhead cuando los funcionarios de Czerka Corp. abandonaron la cantina. Se tambalearon por las calles polvorientas hasta llegar al edificio fortaleza donde residían los directivos sin presentir que unos ojos despiadados les observaban.

Fue sencillo, apenas desactivaron el campo de fuerza y las torretas con su identificación, bastó un simple empujón con la fuerza para que cayeran al suelo sin sentido. Ellork salió de la oscuridad y recogió la identificación del suelo.

Apenas entró en el recibidor, la sala se iluminó y un droide de protocolo salió de su estado de hibernación para darle la bienvenida al recinto.

—Buenas noches señor. Debe haber algún error en los archivos de la compañía pues no tenía programada ninguna visita.

—No hay ningún error —respondió tras dudar si destruir el androide inmediatamente o más tarde—. Vengo a ver al señor Raten, Clive Raten.

—Me temo que el señor Raten se ha retirado a descansar y no puedo molestarlo a estas horas. En cualquier caso puedo dejarle recado para que le llame a la mañana siguiente si le parece.

—Escucha pedazo de chatarra. Es un asunto de la compañía de extrema importancia. Si no me dices cuáles son sus habitaciones, me encargaré personalmente de que te reconviertan en una recicladora de excremento de Bantha.

—No es necesario recurrir a la violencia señor. Si me permite su identificación tendré mucho gusto de anunciarle. Encontrará al Sr. Raten en el ala oeste de la tercera planta.

Con un rápido movimiento desenvainó una vibroespada con la que decapitó al autómata. Sin mediar palabra tomó el ascensor con destino al nivel que ocupaba el alto delegado de la compañía.

Un guardia le esperaba con el blaster desenfundado cuando se abrieron las puertas del elevador. Típico de Czerka, un mandaloriano con armadura completa a excepción del casco. Habían reunido a toda la escoria de la galaxia.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—¿No me recuerdas? Yo no he olvidado tu cara.

—Me pica la curiosidad. Refréscame la memoria antes de que te mate.

—Fue en un hotel en Dresdae, pero supongo que no erais conscientes de que yo estaba allí.

—He estado muchas veces en Corriban, ¿por qué tendría que recordar esta ocasión?

—Matasteis a una buena amiga.

—Soy un mandaloriano. Yo no mato mendigos —escupió las palabras con desdén.

—Talaria era una buena oficial que había descubierto que tu amo engañaba a los sith en las cuotas que pagaba. La última noche que la vi con vida había estado cenando con vosotros. Se sentía muy cansada. Insistió que necesitaba dormir y la dejé en su habitación. A la mañana siguiente tenía la cabeza a los pies de la cama.

—Deberías agradecerme que le cortara la cabeza de un solo golpe para que no sufriese y quedase un cadáver presentable. Ahora estáte quieto y tampoco sufrirás.

Una fuerza invisible mandó la pistola del confiado mercenario volando contra la pared al compás de un suave movimiento de sus dedos.

—Esto promete —sonrió el mandaloriano sacando un machete aqualish de su funda a la vez que su oponente presentaba su arma blanca—. Hacía tiempo que no tenía un combate motivador.

Las armas se cruzaron emitiendo chispas en cada roce. Era evidente que el mercenario sabía como usarlo pero no le sirvió de nada una vez recibió el primer corte en el brazo.

En las pocas décimas de segundo necesarias para recuperarse del dolor de la herida, ya había recibido otra: brazo, vientre y rostro. El guardaespaldas estaba muerto.

Finalmente alguien había dado la alarma. Tenía que salir inmediatamente de allí. Entró en el ascensor con una mirada de rencor. Ese cobarde estaba a unos pocos metros y no iba a poder darle su merecido. Había estudiado aquel edificio, sabía que en el subsuelo había un garaje con vehículos. Las swoop de Czerka funcionaban con una tarjeta de identidad de la compañía. La fuga no sería un problema. Al haber desactivado las torretas, nada podría detener una moto huyendo a toda velocidad.

—

Entre tanto Llya vagaba por Aldera buscando infructuosamente trabajo. Era una guardiana de conocimientos de destrucción, ¿qué podía ofrecer ella a un planeta pacifista donde no había armas? Ni siquiera necesitaban guardaespaldas.

Se sentía débil tras cási 48 horas sin ingerir alimento y tendría que tomar alguna medida desesperada, pero no antes de descansar un poco. Se inclinó para sentarse en el cesped de un jardín cercano sintiéndose un poco mareada, se le nubló la vista y perdió el sentido. Lo siguiente que vió fue un frío sensor ocular de un droide médico a escasa distancia de su rostro.

—Parece que vuelve en sí —comentó con su voz electrónica mientras la luz del sensor cambiaba fugazmente de color según analizaba los reflejos de sus pupilas—. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Me duele la cabeza.

—Es natural en su especie tras un periodo más o menos largo sin ingerir alimento. No se alarme por ello. Desaparecerá con unas horas de descanso.

Llya inspeccionó su entorno más próximo tratando de sentarse en el lecho. Había un joven de más o menos su edad en pie junto a la puerta de la sala. También cinco camas más que permanecían vacantes. El desconocido la miraba en silencio esperando paciente que ella hiciera el primer movimiento. Vestía una túnica marrón y una delgada trencita asomaba tras su oreja derecha.

—¿Dónde estoy?

—En la enfermería del templo jedi de Aldera.

—Me siento avergonzada —apartó la mirada jugueteando con las sábanas—. No he sido capaz de ganarme la vida desde que llegué a este planeta. Creí que… ¿Por qué me recogisteis?

—No es muy usual que un mendigo se derrumbe causando una conmoción en la fuerza como la que has creado.

—No sé de qué me hablas.

—El consejo local te lo explicará cuando descanses unas horas y 12b te de el alta.

—Gracias.

Pudo dormir toda la noche y le proporcionaron la cena más deliciosa que jamás recordaba haber degustado. A la mañana siguiente, vestida con sus ropas lavadas y perfumadas, caminó acompañada del joven a una sala con una mesa redonda de cristal de

colores, en torno a la cual aguardaban 3 personas: Un hombre y una mujer humanos de mediana edad y un Gossam de ojos saltones. Encima de la mesa estaba su bastón de hueso de Varactyl labrado. Los tres vestían túnicas como la del chaval aunque sus capas eran más oscuras.

—Parece que nuestra huesped tiene al fin mejor color —comentó la mujer recibiéndola con una sonrisa—. Toma asiento querida.

Llya se detuvo a contemplar su bastón unos segundos antes de aceptar la invitación.

—No tienes nada que temer de nosotros —comentó el Gossam en Pauano en vez del Básico común en el planeta—. Estás entre amigos. Yo soy el maestro Salaar. Ella es la maestra Yin y él, el maestro Genart.

—Estoy aturdida —respondió en la lengua alienígena perfectamente pronunciada y gesticulada.

—Es fascinante. Jamás se había visto un humano aceptado de tal modo en Utapau como para ser un monje Call —comentó en voz alta el humano—. ¿Cómo te llamas?

—Uks'ullya y, sí, soy un Call desde que nos recogieron los Pauanos.

—¿Tu hermano también tiene tu misma conexión con la fuerza?

—¿La fuerza?

—Es difícil explicar algo que debe sentirse. Estoy seguro que eres consciente de que puedes hacer cosas que los demás no lograrían, ves y oyes cosas que luego suceden…

—¿Eso es la fuerza?

—No exactamente. Esas son algunas de sus manifestaciones tan solo.

—¿Qué les sucedió a tus padres?

—Yo era tan solo un bebé y mi hermano nunca me quiso contar más que que caímos del cielo. En el fondo era un niño muy pequeño también. Solo se que teníamos una etiqueta cada uno con nuestros nombres en ella. Mi nombre es Ullya Dusksinger, pero en Utapau eramos los Uks'neniare.

—Efectivamente en Pauano significa «niños caídos del cielo».

—¿Crees que sería posible Yin?

—¡Hace tanto tiempo ya Seld! Xelesia murió hace más de 15 años.

—Precisamente porque la historia encaja deberíamos comprobarla.

—¿Puedo irme? —interrumpió la joven sintiéndose cada vez más intimidada al no comprender nada.

—Perdona nuestra descortesía. Xelesia Banner fue mi aprendiz hasta que dejó la orden para contraer matrimonio con un mecánico de speeders de Telos, un joven llamado Berran Dusksinger. Hace 17 años una banda de esclavistas trandoshanos colocaron varias bombas nucleares en la capital del planeta y amenazaron con hacerlas explotar si no se les entregaba un número determinado de habitantes del planeta como esclavos. El jefe del «puño negro», como se les conocía, accedió a que los niños fuesen evacuados en una nave al mando de Xelessia, pero sus subordinados eran mucho más ambiciosos y asaltaron la nave en ruta. La tripulación luchó con bravura pero finalmente fueron derrotados y los niños acabaron en los mercados de esclavos de la galaxia en lo que se

conoció como «La tragedia de los Inocentes». Es posible que en la desesperación de una batalla pérdida os pusieran en una cápsula de salvamento y fueseis a parar a Utapau…

—Y que seamos hijos de esa jedi.

—Conservamos la huella genética de todos quienes han pasado por nuestra academia. Sería tan sencillo como comparar los patrones.

—¿Qué fue de Xelessia?

—Murió en aquella nave. Los trandoshanos no hacen esclavos a nadie que les haya hecho frente en alguna ocasión.

—Riyun, ¿quieres acompañar a Ullya a dar un paseo por el jardín mientras hacemos las pruebas y deliberamos sobre el caso?

—

Como no podía ser de otra manera, el directivo de Czerka salió de estampida a primera hora de la mañana con rumbo al puerto estelar. Fue una torpeza.

Los mercenarios de la compañía tomaron control absoluto de las calles hasta llegar al recinto de aterrizaje. Buscaban posibles agresores acechando, ¿cómo podían sospechar que estaban siendo vigilados a través de los ojos de un Ronto?

Ellork estaba sentado en el suelo del sótano de su casa de arenisca, aparentemente sereno con un detonador en la mano. Lo pulsó sin inmutarse y toda la ciudad tembló con el bramido de una gran explosión. Abrió los ojos al perder la conexión con el animal, evidentemente muerto. Brillaban con un enfermizo color amarillo. No era la primera vez que le sucedía. Se puso en pie dispuesto a recoger sus cosas. Su trabajo había terminado. Talaria estaba vengada.

Ahora sólo quedaba terminar el trabajo de su amada informando a su inmediato superior, una Twi'lek sith de nombre Yuthura Ban.

—

La nave en que había embarcado era una nave sith con destino a Korriban. Nada más llegar a tierra ya tuvo problemas. Varios aspirantes a la academia sith comenzaron a hostigarle en la misma puerta de la esclusa del muelle por su extraña indumentaria.

Aguantó las burlas verbales pero no estaba dispuesto a soportar que lo abofetearan. Con su bastón ritual como única arma se deshizo de los cuatro enemigos que quedaron esparcidos por el suelo inconscientes o doliéndose de los golpes.

La pelea ocurrió a plena luz del día a los ojos de todos, pero una joven oficial sith echani observó la acción con especial simpatía. Presentía una fuerza bruta emanando de aquel pintoresco extranjero. Como buena seguidora del lado oscuro, se dejó llevar por sus pasiones y se acercó a él para besarle. Fue una sensación embriagadora.

Aunque Talaria no era más que un aprendiz, Ellork era un alumno aventajado y no necesitaba más que una pequeña orientación para aprender la lección. Sin embargo la

oficial nunca se comportó como un maestro sith con él. El poder de ella no estaba por encima suyo, no había más competencia entre ellos que los juegos de pareja bajo las sábanas. De algún modo desarrollaron un vínculo por el cuál eran un único ente en la fuerza. Lo que debilitaba a uno, el otro lo sentía. Compartían el ansia de poder y el odio.

En el fondo, se dice que nada une como un enemigo común.

Talaria era tan joven como él. Una belleza de blancos cabellos con ojos azules cristalinos y la melena habitualmente recogida en una trenza que rodeaba su cabeza.

Procuraba no pisar la academia salvo que la llamasen. Consideraba que allí ultimamente sólo la humillaban y no progresaba nada. Odiaba a su maestro, Normkan Lighber, sobre todas las criaturas vivientes y echaba de menos los gloriosos días de Malachor V cuando no era más que una padawan adolescente y siguió a Revan y Malak a luchar contra los mandalorianos. Un estado fuerte le seguía pareciendo indispensable para evitar otro desastre como la última guerra, pero el camino que se enseñaba en la academia no le parecía el adecuado.

Algo había cambiado, algo que no le gustaba y que no acertaba a distinguir.

Confiaba en Ellork. Al fin y al cabo, había llegado a la misma conclusión que ella de que los sith caerían pronto y, entonces la galaxia necesitaría un puño de hierro para guiar su rumbo: ellos dos si eran lo suficientemente inteligentes.

Pero todos aquellos sueños de poder y gloria eran cenizas como el cadáver de su compañera tras el funeral. El orden y el poder de la galaxia ya no le importaban en absoluto. No había ningún plan a la vista, ningún lugar al que ir, ninguna casa a la que volver. El dolor del lado oscuro se había convertido en un amargo compañero que había engullido la pequeña burbuja de luz, que la antigua jedi significaba en su vida y estaba dispuesto a destruir cualquier cosa o a cualquiera que atentara contra su recuerdo o lo que ella le había enseñado. Sí. Era muy probable que aprovechase su estancia en el planeta para matar a Normkan si se lo cruzaba. Tampoco había que estresarse.

—Cada día tiene su afán, como decía Tali —comentó recogiendo una mochila con sus efectos personales—. Y el de hoy ya está hecho.

—

A puerta cerrada, el consejo de Aldera estaba reunido a la espera de los resultados del análisis genético. Un pitido bajo la capa del maestro no humano, le indicó que alguien llamaba a su intercomunicador. 12b, el droide médico, les confirmó lo que todos presumían. La muestra genética era totalmente compatible: la Call tenía relación genética de primer orden con la difunta Xelessia Banner.

Apenas se cerró la comunicación, el maestro Genart tomó la palabra. Yin se frotó el rostro cansada cerrando los ojos para prestar atención.

—Bien, tenemos a la hija de Banner con evidente sensibilidad a la fuerza. ¿Qué hacemos ahora con ella?

—Es demasiado mayor para empezar como padawan —respondió la maestra cansada.

—No parte exactamente de cero. Los Call de Utapau son monjes que guardan conocimientos terribles y que ejercitan la serenidad y la templanza para no usarlos en su propio provecho.

—Sin duda son encomiables —se dirigió a Salaar—. Y no dudo de tus profundos conocimientos sobre Utapau pero a lo que me refiero es que necesitamos jedis para luchar contra Revan y Malak, no sucedáneos. No tenemos suficientes maestros para entrenar siquiera a los padawan que nos quedan. Todos están luchando, en el otro bando o muertos.

—Podríamos conceder la categoría de maestro a Bastila Shan. Al fin y al cabo, su dominio de la fuerza es bastante completo.

—El gran consejo de Coruscant ya falló en su contra y no vamos a cuestionar sus decisiones. Además, ha sido asignada a la flota.

—Siempre podría abandonar temporalmente mis funciones en el consejo de este planeta para encargarme de su adiestramiento.

—No estoy de acuerdo Salaar. Ya me pareció bastante mal reducirlo por la guerra de 5 a 3 para ahora quedarnos solo 2.

—Podeis haceros cargo perfectamente, apenas quedan jedis en el enclave. Siento que se lo debo a su madre. Sabeis que salvó mi vida en aquella encerrona de contrabandistas de kolto.

—No me gusta pero no te impediré hacerlo si así te lo dicta la fuerza.

—Yo tampoco estoy convencida de que esto sea lo mejor. Esta nublado el futuro de esta niña, con más movimiento del habitual… como si se creara y se destruyera a una velocidad poco común. Además, no sabemos nada de su hermano. ¿Dónde está y qué hace? Parece razonable pensar que la fuerza se esté manifestando en él también.

—Hay demasiadas perturbaciones a causa de la guerra y los sith para hilar tan fino como para localizar a una persona en concreto. El lado oscuro todo lo nubla. En cualquier caso, no creo que el hijo de Banner sea en estos momentos la mayor amenaza a la que tenga que enfrentarse esa niña.

—Estamos de acuerdo en eso Haremos una cosa Salaar. Acompañarás a Ullya y la asignarás al cuidado de Bastila para que le enseñe lo básico. Si ves que la joven Bastila lo hace bien, las dejarás juntas para regresar con nosotros, si ambas pasan la prueba, serán padawan y maestra.

—Si la acepta como una compañera sin erigise en su superior, podría significar que es capaz de dominar su orgullo.

—Te necesitamos de vuelta cuanto antes. ¡Que la fuerza te acompañe maestro Salaar!

—Iré a prepararme para la partida.

—

El viento azotaba el rostro de Ellork según caminaba por la necrópolis amparado en la oscuridad. Conocía muy bien la seguridad del perímetro de excavación y podía entrar y salir a su gusto. No en vano había sido la pareja de la persona que lo instaló.

Pasó de largo las grandes tumbas y se dirigió a un pequeño mausoleo sin interés, expoliado de todo lo que podía ser de valor al principio de la investigación. El nombre de su dueño original se había perdido en la noche de los tiempos. Ahora era la tumba de su amada. El lugar donde reposaba la urna con sus cenizas… y su alma.

—Te echaba de menos —comentó el espíritu—. Esta tumba es tan fría, tan horrible…

—He arreglado parte de tus asuntos.

—Lo sentí. Mi asesino y quien se lo ordenó están muertos. Quisiera… —desvió la mirada a la urna sobre un altar ritual.

Ellork se arrodilló para meditar frente a las cenizas y así sentir con más intensidad su presencia.

—¡Quiero mi cuerpo! —gritó desesperada. Rompiendo a llorar—. ¡Necesito tocarte! ¡No quiero estar muerta!

—Los dos estamos muertos pero tú me enseñaste que no hay nada imposible para el lado oscuro de la fuerza.

—¡Desde este lado se ven las cosas tan distintas!

—Si un sith pudo crear vida, yo podré devolverte tu cuerpo de las cenizas.

—Házlo pronto te lo suplico. Es un dolor tan intenso…

—Yo también lo siento. Y es precisamente esa soledad que sentimos la fuente de poder que nos nutre y nos hace más fuertes.

—Tienes que acceder a los holocrones que se guardan en la academia. De estar en algún sitio el secreto de devolver la vida a los muertos tiene que ser allí.

—El plan sigue en marcha. Informaré a Yuthura de lo que descubriste. Estoy seguro que ya ha sido informada de que los culpables están muertos. Una vez dentro, eliminaré a todo aquel que se oponga a nuestros planes.

—Eres mi única esperanza. Mi caballero y señor de la soledad, necesitarás un nuevo nombre —intentó acariciarle con su mano fantasmal—. Cuando te pregunten cuál será tu nombre les dirás que se te conocerá como Darth Lone.

—No te fallaré Tali. Nuestro amor es eterno, como nos reveló la fuerza cuando nos conocimos.

—

Ullya se levantó bruscamente del catre en que reposaba envuelta en sudor frío.

Tremendamente inquieta por lo que sentía, corrió por el pasillo de la nave que les trasladaba al frente hasta el camarote del gran maestro.

El Gossam ni la miró cuando irrumpió en su camarote y continuó examinando un holomapa estelar en el que aparecían y se borraban trazas de rumbos de naves y otras luces de colores.

—¿Recuerdas la primera estrofa que te enseñé del código jedi?

—No hay emoción, hay paz —respondió aún jadeante.

—Eso es. Siéntate un momento ahí y escucha el silencio, la paz que nos rodea en este fragmento del universo. Deja que fluya por tu interior —le aconsejó sin darle mayor importancia.

La mujer obedeció y poco a poco fue cayendo en una especie de estado de sueño consciente.

—Eso es. Deja que las emociones se disuelvan como el hielo al sol. Has tenido una visión, pero es evidente que en este preciso instante no puedes hacer nada al respecto. Ignora el miedo que te ha producido. El miedo es un aliado del lado oscuro, te empuja a actuar irreflexivamente. No lo necesitas para nada.

—No hay miedo, hay conocimiento.

—Eso es. Quizás deberíamos incluir eso también en el código en el futuro. Has visto morir a alguien en tu visión.

—No hay muerte, existe la fuerza.

—Bien, ¿ahora qué querías decirme? —se volvió dedicándole por fin toda su atención.

—¿Quién es la mujer asesinada de mi sueño? ¿Por qué estaba yo muerta junto a ella?

—La fuerza se manifiesta a menudo de modos extraños. Es sin duda alguien ligado a tu destino pero nada está escrito.

—Siendo pequeña mi hermano y yo veíamos cosas en las paredes de los túneles. Cosas que luego se cumplían.

—Estoy seguro que no se cumplían siempre exactamente igual a como las veais.

—Más o menos.

—Y algunas incluso fueron diferentes.

—Sólo un par de veces.

—Lo que has visto no es más que un mensaje en clave que te envía la fuerza.

Quizás sea el futuro o una advertencia de lo que puede llegar a ser.

—¿Debería tenerlo en cuenta? —le preguntó clavando sus vivos ojos negros en su interlocutor.

—Sin duda, pero no debe obsesionarte o podrías estar corriendo hacia el reverso tenebroso. Veo que te has cortado la melena.

—Sí —respondió con cierto rubor—. Consideré que mi melena larga pertenecía más a mi vida como niña.

—Entonces vuelve a dejártela crecer —sonrió el Gossam—. Un jedi debe conservar vivo ciertas aptitudes maravillosas de la infancia como la inocencia y el afán de aprendizaje.

—Así lo haré maestro.

—¿También elegiste las ropas que llevas por alguna razón? —le interrogó aunque intuía la respuesta.

—Sí, no quise derrochar los créditos que me disteis y ya que íbamos a la flota, compré un traje de permapiel sintética de caza que creí que sería lo más apropiado. Se me olvidaba, sobró este dinero.

—Guárdatelo —rió complacido por su inocencia—. Buena elección. No solo es útil sino que favorece tus encantos de hembra humana. No hay ninguna ley que impida a un jedi ir elegante.

—Gracias maestro —sonrió profundamente avergonzada—. Cuando tuve que empezar mi «Gran Viaje» me sentía desamparada,… huérfana por primera vez en mi vida. Cuando me llevasteis al templo jedi y me ofrecisteis entrar en la orden, en cierto modo, me volví a sentir en casa. Aceptada por lo que soy, sin peros ni sospechas.

—¿Y tu hermano? —la puso a prueba deliberadamente.

—Le echo muchísimo en falta. Mi mayor deseo es volver a verle.

El maestro asintió en silencio volviéndose sobre el mapa. En el fondo era una padawan recién llegada que necesitaba sin duda la guía de un maestro para superar esa herida que podía hacerla caer en la oscuridad. Ojalá Bastila hubiera madurado en su ausencia porque la hija de Banner no iba a poder caminar sóla en bastante tiempo.

El problema era que tenía demasiado tiempo para pensar en sí misma. Era el momento de ayudarle a construir su propio sable de luz.

—Acércate y elige un cristal del joyero que encontrarás en el arcón del fondo.

La joven comenzó a revolver con los dedos entusiasmada en los maravillosos brillos de colores.

—No, no. Deténte. Cierra la caja y entorna los párpados. ¿Puedes ver la caja?

—Sí… ¡por todos los…! Los cristales… Es como si cada uno tuviera voz propia.

—Tómate tu tiempo en escucharles…

Tras unos pocos segundos, abrió los ojos y la caja y se apresuró a buscar entre todos uno en particular con forma de lágrima ambarina.

—¿Por qué has elegido ese y no otro?

—Me habló con mi propia voz.

—Un cálculo renal de tiburón Viraxa. Produce una hoja de luz del color del atardecer sobre el mar del mundo en el que vive. Tu madre eligió un cristal del mismo tipo cuando construyó su primer sable.

—¿Un sable de luz?, ¿para mí?

—Lo mismo que no hay Call sin su bastón ritual, no hay jedi sin su sable. No es una simple arma. Esta espada será tu vida. Dependiendo de cómo la uses te elevará a la luz o te hundirá en las tinieblas más tenebrosas. En el arcón están el resto de piezas que podrás necesitar. Deja que la fuerza te guíe, no necesitas ningún conocimiento fuera de ella.

—¡Estoy tan agradecida maestro!

—Que la fuerza te acompañe padawan.

Dresdae, Korriban

No le costó encontrar a Yuthura en uno de los oscuros garitos de la capital. La encargada de elegir quién era digno de entrar a la academia oscura era uno de los personajes más conocidos de la ciudad. Aguardó a que terminara sus asuntos con un par de sujetos que, a juzgar por su rostro al irse, no estaban nada satisfechos con lo acordado, antes de acercarse.

Según se aproximaba, la Twi'lek le presintió recibiéndole con una amplia sonrisa.

—El lado oscuro es poderoso en ti extranjero. Supongo que vienes a pedir el ingreso en la academia como todos.

—Vengo a informarte de la traición de Czerka y como Clive Raten falseaba las cuentas en su propio beneficio de los impuestos del imperio.

—¿De veras? He oído que Clive murió en un brutal atentado en Tatooine. ¿Fuíste tú? —Sonrió con lascivia.

—¿Y qué si fui yo?

—Normalmente no me gusta que los aprendices tengan iniciativas propias pero, eso se puede solucionar. En cambio, la falta de piedad que demostraste hay que llevarla dentro. Cuéntame de dónde procede tu dolor.

—¿Para qué? ¿Para debilitarme ante ti?

—Si quisiera podría sacártelo… ¿Por qué has venido a mí?

—Se lo debía a alguien.

—Talaria… siento su presencia en ti con toda claridad. Puedes escudar tus pensamientos pero no tus pasiones. Ummm —gimió fingiendo cierto disgusto—. No pensé que pudiera gustarte acostarte con mujeres echani. ¡Qué mal gusto!

—Ni una palabra sobre ella, te lo advierto.

—Sí —cerró los ojos complacida—. Es estimulante percibir semejante torrente de oscuridad. Ven conmigo. Creo que habrá un lugar para ti entre nosotros.

Caminar junto a la Twi'lek oscura garantizaba que todos los estudiantes se apartaran inmediatamente de su camino. La entrada a la academia era como el pasadizo de acceso a una cripta. El aire era una mezcla repugnante de olor a humedad y sangre. Bajaron por una rampa tenuemente iluminada por antorchas. Al fondo se escuchaban gritos de dolor atenuados por la distancia. Llegaron a una amplia sala circular donde varios aspirantes practicaban sus habilidades con armas recubiertas de mallas de cortosis. Le condujo hasta un corrillo, donde saludó a un maestro sith.

—Lighber, quiero que conozcas a un amigo de Talaria —le presentó con toda intencionalidad.

—¿Un amigo? Si esa estúpida echani hubiera sido lo suficientemente lista habría aprendido que los amigos son una debilidad y ahora no estaría muerta.

—No tenerlos será ahora la tuya —cortó la conversación sacando el sable de luz de su amada de entre las ropas y encendiendo su fulgurante hoja roja.

—Tú no eres un aprendiz —retrocedió sorprendido poniéndose en guardia tras su sable de doble hoja—. ¿Quién eres?

—Talaria me cambió el nombre a Darth Lone.

Los estudiantes se alejaron lo más posible para no salir heridos ante el inminente duelo.

La risa de Yuthura acabó por atraer al director, el maestro Uthar Wynn.

—¿Esto es obra tuya?

—Sí, ¿no te parece divertido? La más incapaz de nuestras aprendices estaba liada con él.

—No me gusta. No sabemos de dónde ha salido y percibo una determinación que puede volverse contra nosotros.

—¿Quieres que informe a Lord Revan?

—No, lo haré yo mismo. Ven esta noche a mis habitaciones, hay un holocrón que quiero que veas.

En ese preciso instante, el antiguo maestro de la echani salía volando empujado por la fuerza contra una columna rompiéndose la crisma en el impacto.

—Fíjate Yuthura —le susurró mientras Ellork apagaba el arma—. El odio en su interior se ha esfumado. Sólo hay un vacío insondable.

—¿Lo matamos entonces?

—No seas necia. Esta noche te lo explico todo. Gana tiempo y que se vaya.

Contorneándose como solo una hembra Twi'lek es capaz, Yuthura hizo una reverencia ante el vencedor del combate antes de invitarle a proseguir la visita.

—Iba a enseñarte la zona de adiestramiento pero después de la demostración que acabas de realizar considero que ya no será necesario. Sabía que no eras un aprendiz. ¿Qué es lo que quieres de nosotros? ¿Quién te envía, Revan? No me consideres tu enemiga —prosiguió ante su silencio—. Sé reconocer cuando me encuentro frente a un poder superior al mío. Déjame servirte.

—¿Por qué?

—Llámalo supervivencia. Sólo el fuerte sobrevive, es parte de las enseñanzas sith.

—Busco conocimiento. Todo el que haya en esta academia y si no es suficiente, seguiré buscando por toda la galaxia.

—Yo te lo conseguiré y quizás luego puedas hacer algo por mí —sonrió enigmática.

—Sígueme y te mostraré el camino a la biblioteca.

—

La celda del maestro Wynn permanecía en penumbras solo iluminada por la luz roja pulsada de un holocrón sith antiguo de gran tamaño. Arrodillado ante el comunicador holográfico, el maestro sith se comunicó con su señor.

—Mi señor, el ciclo del exterminio ha comenzado. El señor de la Soledad ha estado hoy en la academia.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó la distorsionada voz de mujer de Revan a través de su máscara—. Deberían haber aparecido antes el Señor de la locura y el Señor de la traición.

—Debemos considerar la posibilidad de que el anterior director de la Academia sea el Señor de la Locura. Mora como un ermitaño huyendo de cosas inexistentes, secuestrando y torturando estudiantes.

—Mata a Jorak Uln y no le permitas hacer más daño a nuestra camada. El heraldo de la locura es el más débil de los que están por venir. En cuanto acabe la batalla me encargaré del otro que has localizado. Ninguna profecía acabará con el imperio sith.

—¿Cuánto tiempo tenemos hasta que aparezcan el señor del Dolor y el del Hambre?

—No demasiado. Están esperando a que Traición y Soledad cumplan su papel en la profecía. Es buena señal que sólo uno de ellos se haya manifestado por ahora.

Tengo que pensar sobre ello. En cuanto destruya la patética flota de la República tomaré las medidas pertinentes.

—Como ordenéis…

—

Llya no tenía ni idea del vuelco que había dado la situación cuando atracaron en la cubierta de babor del «Endar Spire». El maestro Gossam apenas le había prestado atención en las últimas horas pero ni se había percatado, ocupada como había estado montando con esmero su sable laser. «Esta arma es tu vida», le había insistido Salaar.

Era mucho más que eso, era parte de ella misma. Al colgarla del cinturón a su cadera se sintió plena, como si recuperase algo perdido durante años de sí misma.

Caminaba, ligeramente retrasada manteniendo silencio mientras el pequeño maestro conversaba con los oficiales. A pesar de su poco entrenamiento ahora podía discernir sensaciones que hasta entonces consideraba meras corazonadas. Le agradó especialmente sentirse observada por un soldado a su espalda desde el fondo del corredor. Volvió el rostro y allí lo sorprendió intentando disimular la radiografía mental que le había hecho. La padawan sonrió para sí divertida.

Llegaron hasta una enfermería con una vidriera de observación. Allí les recibió una jedi y el capitán de la nave les dejó a solas. La desconocida vestía un mono de tela naranja claro con unas hombreras de cuero que engarzaban con el cinturón. Por su corte dedujo que se trataba de algún traje de batalla ceremonial. Llevaba la melena recogida en dos cortas coletas y no sabría decir por qué, pero no pudo evitar pensar que era el tipo de mujer que le hubiera gustado para esposa de su hermano.

—Bastila, quiero presentarte a la padawan Uks’Ullya Dusksinger.

—Puedes llamarme Llya.

—¿Quién es tu maestro? —preguntó con frialdad.

—Dados los tiempos que corren, no tiene maestro asignado aún. Sin embargo, me acompaña ya que puede aprender mucho de este viaje.

—Pero maestro, ¿creéis que es prudente? Llevar a alguien sin entrenar tan cerca del lado oscuro.

—Llya acércate a la ventana. ¿Qué ves?

—Una mujer en una cama.

—Mira bien… como te enseñé en la nave.

La padawan retrocedió ahogando un grito, dirigiendo una mirada de horror a los presentes.

—Así es. Esa preciosa mujer que mantenemos ahí sedada es Darth Revan. El lord oscuro supremo del sith.

—Pero cómo, oí a los padawan en Aldera que ningún sith se rinde jamás.

—Asaltamos su nave durante una batalla hace unos días —explicó Bastila acariciando instintivamente su sable laser de doble hoja—. Tuvimos que abrirnos paso luchando entre las filas de aquellos que tiempo atrás fueron nuestros compañeros. Hubo muchísimas bajas en ambos bandos pero finalmente llegamos al puente. Revan nos enfrentó, su odio nos heló la sangre en las venas.

Entonces sucedió algo extraño: la nave de Malak comenzó a dispararnos y caímos todos por tierra. Cuando me levanté, Revan estaba inconsciente.

—Y así la hemos mantenido desde entonces —concluyó el maestro—. El consejo ha decidido que Revan debe vivir.

—Creo que cometemos un error. ¡Es demasiado peligrosa!

—¿Te opones a la voluntad del consejo?

—No, yo… —tartamudeó la centinela jedi—. Si el consejo lo ha decidido así, yo no soy nadie para impedirlo.

—¿Por qué habrías de impedirlo Bástila? ¿No crees que merezca una oportunidad de redimirse?

—Con tanta muerte a sus espaldas no lo tendrá fácil.

—Voy a entrar en su mente mientras esta sedada y borrar todos sus recuerdos.

Luego le implantaré una nueva identidad y tú la observarás en la distancia padawan Shan.

—¿Yo?, pero seguro que no soy la más indicada.

—La fuerza puso su vida en tus manos por alguna razón. Estais ligadas lo quieras o no. Misteriosos son los caminos de la fuerza.

—¿Y si empieza a recordar? Revan era poderosa en el uso de la fuerza.

—Cuando termine con ella no será diferente de cualquier mujer de 30 años insensible a la fuerza. Sólo recordará ser huérfana y que fue contratada como explorador a sueldo para la república. Si se diera el caso que apuntas, sería tu obligación mantenerla en la senda de la luz y traerla ante el consejo para que se tomen medidas. ¿Qué opinas tú, Llya?

—¿Yo? —Se sorprendió la joven—. Yo no soy más que una recién llegada. Apenas se nada de la fuerza y la orden.

—Y sin embargo, tienes una opinión como todo ser vivo. ¿Qué harías tú con Revan?



—No lo sé. Parece tan indefensa en esa cama… desde luego yo sería incapaz de matarla en ese estado.

—¡Yo no dije nada de matarla! —protestó Bástila enojada.

—Nadie lo ha sugerido. Llya, te dejo a las órdenes de Bastila mientras yo esté con Revan. Obedécela como si fuese yo mismo porque todo lo que te diga será por tu bien.

—Como desees maestro.

Ambas mujeres vieron entrar al alienígena en la sala sin apartar la mirada de la paciente.

—¿Cuánto tiempo llevas en la orden?

—Siete días —balbuceó Llya.

—Está bien. Perdona si he sido desagradable. Ha sido una tensión muy grande la de estos días y, supongo que no soy más que una padawan como tú.

—¿Y tu maestro?

—Murió en la batalla. Cada vez somos más padawan en la misma situación. Ven.

Te enseñaré algo de esgrima que seguro que te vendrá bien.

—

Tras la desaparición de Revan, Wynn no se atrevió a impedir la entrada de Lord Lone en la academia a su conveniencia. El misterioso señor de la soledad no hacía ningún esfuerzo por comunicarse con ninguno de los allí presentes. Pasaba horas muertas en la biblioteca impregnándose de los conocimientos allí conservados. A pesar de los intentos secretos de la Twi’lek oscura para que matase a su maestro y la aceptara como aprendiz, nada le distraía de su secreta meta.

Su cuerpo, otrora fuerte y joven, iba sucumbiendo a las manifestaciones exteriores del lado oscuro. Cubría su rostro con una túnica con capucha oscura y se podía ver sus ojos brillar a menudo en la sombra. Sus dedos se habían afilado y parecían los de un anciano.

Sólo en la tumba, el espectro de su prometida, sabía cuánto sufría al verse así. Cada día que pasaba sin encontrar el secreto de la resurrección se convertía en un castigo.

Tras el bombardeo de Taris, Lord Malak decidió hacer una pausa en su caza particular de Bastila y Revan para conocer al enigmático personaje. Se había dado cuenta que él mismo era la personificación de la Traición que estaba por llegar según la profecía. Al parecer, Darth Lone no conocía el antiguo augurio. No sería él quien se la contase, pero la curiosidad le pudo. Lo encontró consultando un antiguo holocrón que emitía una caliente luz roja.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó el sith a través del articulador de voz implantado tras su mandíbula metálica—. Soy Darth Malak, señor supremo del sith y amo de esta academia.

—Nada de lo que tienes aquí me interesa lo más mínimo —respondió con voz mortecina apagando la emisión holográfica—. Todo es efímero e inútil.

—Si fueses uno de mis alumnos te mataría por tu ignorancia.

—No estoy ciego Malak. Aquí sólo hay migajas para que tus siervos sean lo suficientemente fuertes para enfrentarse a tus enemigos. El verdadero conocimiento no está aquí, e incluso algunos de tus «subditos» —enfatizó la palabra— se han dado cuenta.

—Entonces, por qué sigues mancillando mi casa con tu presencia.

—Porque siguiendo las migajas se acaba llegando al pan.

—¿Y qué te hace pensar que lo compartiré contigo?

—No creo que tú tampoco tengas lo que busco. No eres más que una miga más grande que las demás.

—¿Me desafías? —bramó Malak lleno de ira.

—¿Qué ganaría con ello? No tengo ningún interés en tu imperio, tus subditos ni las supuestas riquezas del universo.

—Buscas conocimiento… ¿Por qué no te unes a mí? Derrotemos juntos a los jedi y tendrás libre acceso a todos los conocimientos de la galaxia. Los jedi conservan en sus templos muchas reliquias que nos arrebataron a lo largo de la historia.

—Suena razonable. Pero te advierto que te haré cumplir tu promesa.

—Quiero que vayas a la ciudad de Iziz en Onderon y recuerdes a la reina Talia quiénes liberaron el planeta de los mandalorianos mientras yo me ocupo de un asunto personal. Es posible que encuentres algunas reliquias jedi en tu recorrido por palacio.

—Nada me importan vuestras rencillas pero iré por la oportunidad de inspeccionar esas reliquias.

—Magnifico. Dispondré 2 destructores estelares bajo tus órdenes.

El camarote del almirante a bordo del Krath, tenía unas vistas magníficas. Había trasladado personalmente la urna con las cenizas hasta una especie de altar expresamente levantado frente a los ventanales para contenerlas. El fantasma de Talaria habitaba en aquel camarote como lo hizo en su día en la tumba de Korriban. Sin embargo, algo había cambiado, lejos de la influencia oscura del planeta Sith la vision general de la difunta ya no era la misma.

—No puedo soportar verte así —comentó la echani al verlo encorvado y consumido sobre unos viejos pergaminos enigmáticos—. Abandona la búsqueda y déjame partir. No quiero volver a vivir al precio que estás pagando.

—Te prometí que seríamos felices juntos para siempre y voy a cumplirlo.

—¡Mirate, te estás matando! Pareces un anciano que se pudre poco a poco.

—Es cierto —se lamentó observándose las manos—. Por eso tengo que correr más.

—¡No existe el secreto de la resurrección! —renuncia ahora que estás a tiempo.

—Existe, las viejas leyendas son muy claras. Tengo que encontrarlo. Por favor no compliques las cosas.

—Estoy tan arrepentida. De todo lo que hice, …de todo lo que te hice.

—¡Basta! —gritó arrojando los manuscritos por los aires con furia—. Nuestra vida juntos era perfecta ¡Y volverá a serlo!

Talaria se volvió impotente a contemplar de nuevo la galaxia. Tenían razón sus antiguos maestros. El camino del lado oscuro de la fuerza no conduce más que al contínuo sufrimiento.

—He tenido que pasar algo por alto. Debe haber alguna pista… sí, lo volveré a leer. Tiene que estar en clave…

—

El maestro Salaar mantenía a Uks'Ullya entre algodones para evitar que la guerra la malease como a tantos y tantos jedi. Desde que la acogió bajo su protección en Aldera, no la había dejado sola nunca más de unas pocas horas. Se había centrado sobre todo en forjarle una capacidad de discernimiento entre el bien y el mal y, aparentemente, estaba bastante satisfecho de los resultados. A pesar de haber transcurrido tan pocas semanas, la joven huérfana parecía lista para realizar la prueba que la convertiría en caballero jedi.

Se había recibido una llamada de socorro desde algún lugar próximo a Iziz. Onderon era un mundo adscrito desde hacía muy poco a la república. Era un planeta conflictivo, con frecuentes luchas entre los habitantes exteriores a la Rampa Celestial, la gran muralla que rodeaba la megalópolis, conocidos como los jinetes de bestias, y los ciudadanos propiamente dichos. Aunque hacía mucho tiempo que los jinetes habían dejado de ser criminales expulsados, aún existía ciertas reticencias a admitirlos en determinados círculos. Sin embargo percibía algo más en Onderon, algo oscuro y tenebroso.

El equilibrio parecía empezar a restablecerse. Fueron esperanzadoras las noticias de la redención de Revan. La flota había localizado al fin la fragua estelar, fuente del poder de Malak y se disponía para una gran batalla. Pero ellos iban en dirección opuesta. Un único crucero, demasiado viejo para enfrentarse a la flota sith y poco significativo para que se notara su falta en la batalla.

Y sin embargo, se metieron de lleno en combate. Los dos destructores sith en órbita al planeta se dirigieron a toda máquina hacia ellos en rumbo de intercepción apenas asomaron en su horizonte.

—No tenemos ninguna posibilidad de ganar maestro jedi —confirmó el oficial al mando tan pronto como fue informado en el puente.

—Acérquenos todo lo que pueda. La padawan y yo bajaremos en uno de los cazas.

—No arriesgaré la nave sobrepasando la distancia de lanzamiento de torpedos. El destino de la galaxia se está dirimiendo en otro sitio. No tiene sentido morir por un sistema secundario.

—Nadie puede decir qué acciones determinan el destino de la galaxia, comandante. No perdamos tiempo Uks'Ullya y vayamos al hangar.

—Sí maestro.

—

El caza de ambos jedi entró como una bala en la atmósfera imposible de ser acertado por las torretas de defensa antiaérea de la ciudad. Había aterrizado, por decirlo de alguna manera, en lo alto de la Rampa Celestial. Los soldados sith con sus brillantes armaduras mantenían sus armas apuntando a la cabina desde sus parapetos pero ni la preparación pudo frenar el ímpetu de ambos caballeros. Usando sus espadas de luz desviaron los disparos de blaster hasta llegar a combate cuerpo a cuerpo. La primera línea cayó sin tiempo de blandir sus espadas de cortosis, a la segunda solo les sirvió para sobrevivir unos minutos más. Pronto ambos jedi estaban corriendo muralla arriba con destino al palacio real.

El lord sith recibió las noticias del asalto con total indiferencia. Que llegaran a las habitaciones donde la reina y su gobierno se encontraban recluídos le traía sin cuidado.

Sabía que el objetivo era él mismo, tomó la urna con las cenizas y se dirigió al salón del trono donde se sentó a esperar. Mientras no lo eliminasen nadie podía garantizar el control del planeta. Apenas dejó el contenedor en el suelo, se apareció la difunta con la luz azul propia de las manifestaciones de la fuerza.

—Aún estamos a tiempo amor mío. Renuncia a esta locura que no nos causa más que dolor. Es cierto que mi salvación depende de ti, pero no a través del lado oscuro.

—Los jedi están acabados. Pronto accederé a todos los secretos del universo y tú reinarás a mi lado.

—¡Yo siempre estaré contigo! ¿No lo entiendes? Tanto si te salvas como si te condenas. ¿Serías capaz de matar a tu propia hermana?

—¡Ríndete sith! —gritó el maestro jedi irrumpiendo en el lujoso salón.

—¿Llya? ¿De verdad eres tú? —se puso en pie con un hilo de voz cascada y herrumbrosa.

—¡Maestro! —retrocedió pidiendo ayuda asustada al ver la mujer de su visión y no reconocer exactamente quién le estaba hablando.

—Me alegro tanto de verte —avanzó unos pasos hacia ella—. ¡En qué mujer tan bonita te has convertido!

—Déjala en paz y suelta tu arma. Todo ha terminado.

—¡Estoy hablando con mi hermana! —gritó lanzando un pulso de energía al Gossam que le hizo cruzar la sala hasta la pared opuesta volando.

Ullya se cubrió el rostro horrorizada al ver el monstruo en que se había convertido su hermano.

—¡No Ellork! ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué haces esto?

—Tienes que ayudarme Llya. Yo siempre cuidé de ti.

—Quiero hacerlo, pero no se si podré —retrocedió según se acercaba.

—Estoy horrible, lo sé, pero en cuanto resucite a Tali —se volvió hacia la visión que contemplaba la escena con evidente tristeza—. Todo volverá a ser como antes.

—Estás loco. No se puede devolver la vida a los muertos.

—¡Mentiras de los jedi! Ha habido casos de siths tan poderosos que incluso han podido crear vida. Con tu ayuda descubriremos el secreto más rápido y seremos otra vez felices los 3 juntos.

—Por favor Ellork, renuncia y con la ayuda del consejo jedi…

—Los jedi van a extinguirse. Nada puede oponerse al poder militar que ha forjado Lord Malak. Pero nosotros unidos podremos derrocarle cuando queramos.

—No quiero matarte… —balbuceó encendiendo su espada laser.

—Esa luz… Me resulta tan familiar.

—Es el brillo del arma que una vez perteneció a vuestra madre —explicó el espectro—. Tu hermana la reconstruyó sin saberlo.

—Típico de los jedi, abandonar a su familia… —se lanzó al combate con el brillo rojo de su arma iluminando su horrible rostro.

—No Ellork, nuestra madre murió por salvarnos —explicó conteniendo los golpes a duras penas—. Se quedó luchando para que pudieramos huir en aquella cápsula.

Hubo unos segundos de tregua tras la aclaración en los que tanto el sith como la padawan se estudiaron en silencio unos segundos.

—Esto no tiene sentido Llya. No tengo nada contra ti. No eres rival para mí y no quiero matarte.

—No puedo dejar a toda esta gente bajo la opresión del lado oscuro.

—Créeme que están mejor bajo mi gobierno que bajo el de Malak. Está cayendo el telón y los sith gobernarán la galaxia.

—Revan no lo permitirá.

—¿Revan? —intervino el espectro caminando hasta los hermanos para hablar cara a cara con la chica—. ¿Revan ha vuelto a la luz?

—Sí, y es más fuerte que lo que nunca fue en el lado oscuro. En estos momentos se está enfrentando a Malak en la Fragua de la oscuridad.

La visión cayó a los pies de su amado suplicando de rodillas.

—Déjame morir Ellork. Te lo suplico, si ha habido perdón para Revan, también lo puede haber para nosotros.

—Siempre hay perdón para el que vuelve a la senda de la luz —explicó Ullya intentando contener la mezcla de emociones.

—Pero yo no puedo vivir sin ti.

—Yo no te dejaré nunca. Estaré en tu interior, en la fuerza que nos rodea, en el aire que respires…

Un pequeño grupo de tropas leales a la reina irrumpió en la sala por las puertas del fondo en aquel momento. Un par de ellos se detuvieron a interesarse por la salud del Gossam malherido.

—Mira en tu interior hermano. Tú no quieres nada de esto.

—Esto ha ido demasiado lejos —suspiró mientras arrojaba lejos de si el sable encendido.

Hubo un grito de advertencia y un nervioso guardián apretó el gatillo malinterpretando el gesto como una maniobra ofensiva. El señor de la soledad cayó al suelo de espaldas con una gran quemadura en el pecho.

—¡Alto el fuego! Se había rendido —corrió a su lado con lágrimas en los ojos—. Se había rendido Ellork aún no estaba muerto y, aunque su rostro era realmente espantoso, parecía asomar un atisbo de humanidad.

—¿De verdad habrá perdón para todo lo que hemos hecho Llya? —preguntó en voz baja y serena, casi sonriendo.

—Yo nunca podría odiarte.

—Sólo quería lo mejor para Tali y para ti —tosió—. ¿Me podreis perdonar haber querido ser demasiado protector?

—Estoy segura que lo entenderán cuando se lo cuentes.

—Encontrarás una urna con cenizas junto al trono. Mézclalas con las mías.

Con el último suspiro podrido de aquel cuerpo corrupto se fue el alma de su hermano.

La jedi depositó el cadaver en el suelo con sumo cuidado. Ante ella ahora había dos figuras fantasmales cogidas de la mano. Su hermano volvía a aparecer joven y en plenitud como el día que abandonó Utapau, años atrás.

—No te entristezcas hermanita —le pidió compasivo—. Nos has hecho más bien del que nadie podría hacer. Tali estaba condenada a vagar en la oscuridad eternamente pero tú le has dado la oportunidad de redimirse.

—Yo también quiero darte las gracias —añadió la echani radiante en el esplendor de su belleza— porque ahora me he dado cuenta que nunca tuve a mi marido realmente mientras la sombra de la oscuridad velaba sobre nosotros. Ahora estamos juntos realmente como nunca antes lo estuvimos.

—¿Qué voy a hacer sin ti ahora Ellork?

—Honrar a la orden Call y el sable que portas como has hecho hasta ahora.

El espectro de la Echani se acercó para depositar un cálido y etéreo beso sobre la mejilla de la joven.

—¡Que la fuerza te acompañe hermana!

Los espíritus se disolvieron en el aire dejando a la padawan contemplando el horrible cadáver. La reina Talia y su escolta llegaron desde el fondo de la sala para comentar los hechos recientes.

—Un monstruo menos para oprimir la galaxia.

—Hay monstruos peores que él que no distinguimos a simple vista.

—Eso es una solemne estupidez —comentó el general Vaklu, primo de la reina mirando despectivamente el cadáver.

Ullya se volvió dignamente en silencio y caminó hasta su maestro. Dada su pequeña estatura, lo tomó en brazos y abandonó la habitación. Ella no lo sabía, pero había pasado su prueba y ya era un caballero jedi.